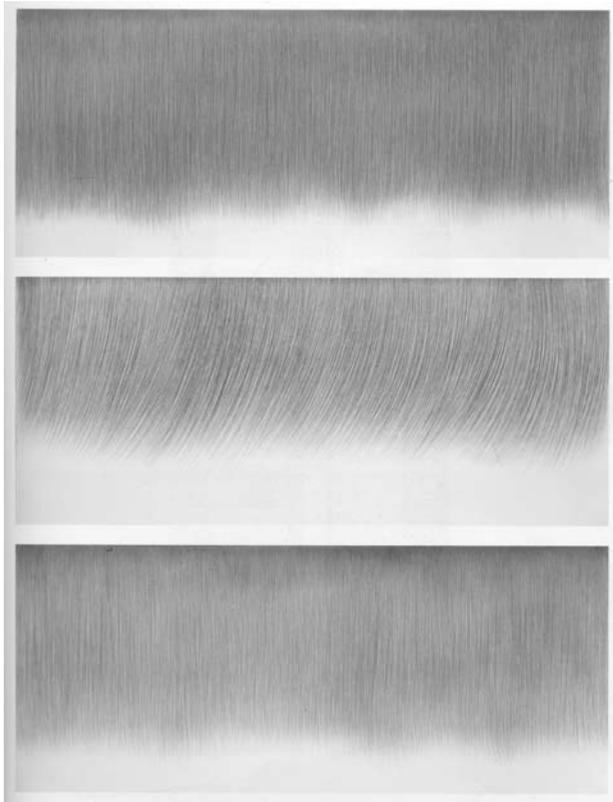


Dibujar pelo



Jorge Julián Aristizabal, Pestañas I, II, III (2004). 213 x 92cms.
Grafito en papel.

En una clase de arte que se llamaba “Dibujo del cuerpo” poníamos como primer ejercicio dibujar pelo. Cada estudiante debía llenar su pliego de papel con dibujos de las cabelleras de sus compañeros, como en un inventario de peluquería antigua, y cada uno a su vez serviría de modelo mientras dibujaba.

Hablamos de identidad, que el pelo es el atributo más inmediata y radicalmente manipulable que tenemos, el más variable. Todas las descripciones verbales que hacemos de alguien empiezan por el pelo, y se acompañan de gestos con las manos que señalan el largo, o el espesor.

Las clases altas dicen “pelo”, las más populares dicen “cabello”, y a ambas les espeluzna la otra forma de decir. Las primeras se burlan del que dice “cabello”, pronunciando “etsageradamente” la “ye”. Y las segundas se figurarán que el “pelo” es o bien una cosa “pública” o una cosa de “animales”, cosas ambas de las que quieren estar bien distanciados. En realidad el pelo es un término más genérico para todo tipo de producción capilar, y el cabello se referiría específicamente al de la cabeza, ¿no?

En todo caso el ejercicio no consiste sólo en dibujar pelo, como en genérico, sino en dibujar completa la cabellera del compañero. Y sólo la cabellera, sin orejas, ni cara, ni nuca.

Parece fácil dibujar pelo, la línea del lápiz se comporta como tal (o viceversa). A veces tratamos de quitar un pelo de un papel y nos damos cuenta de que es un ligero trazo de lápiz involuntario. Cuando dibujamos pelo, como dice alguien, la línea es materia y tema a la vez. Pero la cosa es que la cabellera no es unidimensional ni plana, sino que tiene cuerpo y volumen, entonces la dificultad está en que hay que representar también esta ilusión. Ninguna otra parte del cuerpo presenta esos contrastes o cambios de luz y sombra en espacios tan pequeños (exceptuando tal vez la oreja). No se trata entonces sólo de delimitar gráficamente el espacio que ocupa, ni de rellenarlo a la loca que “porque es pelo”. Idealmente, las líneas dibujan, además de cada pelo, la forma de la cabeza que lo sostiene.

Alberto Durero, el gran artista del Renacimiento germánico, era, entre otras cosas, un prodigioso dibujante de pelo; un gran estilista,

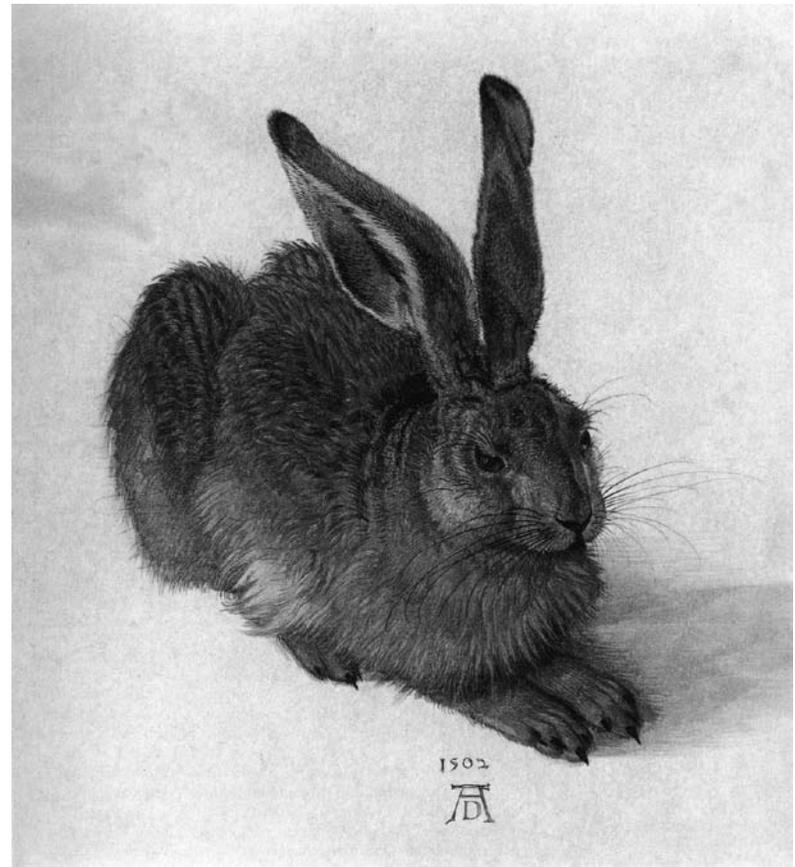
dijéramos. Cantidades de retratos en pluma, punta de plata, tinta, carboncillo, tiza, pincel y grabados en madera y metal son testimonio de su arte. Ya se trate de sensuales bucles en las melenas de virginales gorditas o de las hirsutas barbas de graves ancianos, del estudio de un negro o de los crespos de los querubines, que no importa realmente quién es ninguno, constituye un verdadero deleite contemplar los recorridos capilares de sus retratados, abriendo cualquier libro monográfico de este pintor. ¿Tendrá que ver con eso de que los historiadores llamen lineal al Renacimiento?

Sus autorretratos son pródigos en este sentido. Es evidente su belleza física y su vanidad, que se manifiesta en sucesivos autorretratos desde los trece años hasta el final de su vida, en una época en la que este género es nuevo. En ellos, además de sus elegantes ropajes de últimas modas venecianas, despliega su larga cabellera rizada y dorada con una finura inusitada, que enmarca su adusto rostro del todo alemán. En el más famoso, Autorretrato con pelliza, de 1500 (Alte Pinakothek, Munich), absolutamente frontal, simétrico, y con cánones correspondientes a imágenes tradicionales de Cristo, la textura del pelo se prolonga hacia abajo en el cuello y las solapas de su chaqueta, forrados en piel de animal.

Ampliamente reproducida está la anécdota del encuentro en Venecia de Durero con el maestro Giovanni Bellini, mayor que él, quien le pide que le muestre los pinceles especiales con que pinta el cabello. Durero le muestra sus pinceles normales, iguales a los que usa el propio Bellini, a lo que éste le insiste que no, que se refiere a aquellos con los que hace varios pelos de una sola pincelada. Durero entonces se pone manos a la obra y realiza una de sus dichosas cabelleras crespas, ante los ojos descrestados del pintor veneciano.

Como descrestados quedamos nosotros aún hoy día, contemplando su cuadro más famoso, y uno de los retratos de animales más populares de la historia del arte, La liebre, de 1502 (Albertina, Viena). Acuarela aplicada con un finísimo pincel y matizando ocre, café y grises, cubre un dibujo previo, produciendo la sensación de pelo más provocativa y táctil. Y las orejas, y los bigotes, todo muy impresionante.

Como para rematar el relato de lo que parece bordear por todos lados el fetichismo capilar, hay que contar aquí, sino dónde, que



El conejo de Durero.

después de su muerte, a Durero se le cortó un rizo de su cabello, que hasta hoy se conserva, igual de mono que hace 500 años, en la Kupferstichkabinett de la Akademie der bildenden Künste de Viena como una reliquia histórica, con la lista completa de sus propietarios a través del tiempo.

Pero bueno, qué Durero, si aquí tenemos también artistas y obras de pelos. Por ejemplo Giovanni, por la época en que nos pusimos a vivir juntos, estuvo haciendo durante largo tiempo unos dispendiosos dibujos con el pelo de su perro, que se le caía por montones, y que Giovanni disponía con pinzas sobre un papel pegajoso. Imágenes cotidianas con temas de casa, de ciudad, de familia, de competencia deportiva, y una de unos lobos compitiendo por comida. La motivación tenía que ver con enrarecer estas imágenes idílicas con algo de patología, o algo así como sublimar la enfermedad, no sé; el hecho es que el contorno de las figuras se hizo materia pilosa. Lo paradójico es que el medio utilizado lo hizo eliminar por completo la consabida línea peluda, y en cambio ésta se hizo grácil y elegante, por decir lo menos.

Con todo, el artista más de pelos de Colombia tiene que ser Jorge Julián Aristizábal. Como Durero, dibuja animales y dibuja pelo, pero ya no como parte del cuerpo ni como cabelleras autónomas, sino pelo genérico, aunque sí bien organizado y uno por uno. Liso, ondulado o rizadito cubre formatos verticales de más de dos metros, como tapices tejidos que en algo recuerdan a Olga de Amaral, pero esta vez en sorprendentes trazos tupidos de carboncillo o grafito. Y se llaman "Piel", como para sentirnos allí más en contacto.

En formatos igual de grandes pero en sentido horizontal, están también las "Eyelashes". Con muy buena punta del lápiz, cada pestaña cae de un solo trazo vertical, o en curva hacia la izquierda y se desvanece hacia el extremo, creando entre todas un suave cepillo peinado y que casi peina a su vez los ojos que lo miran.

Ciertamente los pelos, más que cualquier otra parte del cuerpo, nos recuerdan lo animal, sobre todo lo mamífero. Tal vez por eso nos atraen y nos repelen tanto al mismo tiempo.

Juan Mejía

